

Una Muy Alegre y Disfuncional Navidad (Noche)

Creciendo en Philadelphia, nuestros abuelos de ambos lados de la familia no vivían lejos de nosotros. Veíamos a ambos al menos una vez por semana, y aún más durante el verano y las fiestas. No podían ser más diferentes entre sí. Los padres de mi mamá eran divertidos, ruidosos y alegres. Cada vez que teníamos reuniones con ese lado de la familia, había juegos, actividades, abrazos y mucha comida. Mis abuelos por parte de mi papá eran inmigrantes irlandeses, mucho más tranquilos y reservados. Ellos demostraban su amor por nosotros no tanto con abrazos, sino con un apoyo silencioso para todo lo que necesitáramos para la escuela, la iglesia o el juego. Su generosidad era una forma de expresar su amor hacia nosotros. Los padres de mi mamá eran muy pobres, y su manera de mostrar cariño era con abrazos, besos y alegría cuando estaban con nosotros. Mis abuelos irlandeses también eran felices, pero siempre con un aire de seriedad y preocupación por el futuro. Querían que nuestras necesidades básicas estuvieran cubiertas: la ropa, la comida y todo lo necesario para poder salir adelante.

Mis padres tenían una tradición muy estricta en Navidad. Durante todo el mes de diciembre hasta la noche de Nochebuena, la familia era bienvenida en nuestra casa. El día después de Navidad también era para la familia, y nosotros mismos visitábamos a los abuelos, tíos y tías, pero el día de Navidad era un día solo para la familia: padres e hijos, y nadie más. Por supuesto, como con casi todas las reglas, había excepciones. Una Navidad a finales de los años 60 (creo que en 1967), mis padres hicieron una excepción e invitaron a ambos pares de abuelos a cenar en Navidad, que para nosotros era alrededor de las 5:00 p.m. Esto era algo verdaderamente raro. Solo recordaba haber visto a ambos pares juntos en bautizos o en fotos de la boda de mis padres, sentados en la misma mesa. Ni siquiera pensaba que se conocieran. Por supuesto, mi mamá nos dio órdenes de comportarnos de la mejor manera posible. Ambos de mis abuelos podían conducir, aunque ninguna de mis abuelas sabía hacerlo. En la tarde del día de Navidad, mi padre llevó a mi hermano Kevin y a mí a recoger a sus padres. El papá de mi mamá condujo a mi abuela y a él mismo a nuestra casa, que estaba a menos de cinco minutos. Cuando llegamos a la casa de mis abuelos, Kevin y yo corrimos a abrazarlos y deseárselas una Feliz Navidad. Mi abuelo estaba sentado en su silla, como siempre, fumando su pipa y canturreando canciones tradicionales irlandesas. Mi abuela estaba en el comedor con una expresión de enojo y tristeza. Nos abrazó, y luego fui a abrazar a mi abuelo. Pude notar por su mirada que su alegría al verme no era solo porque fuera Navidad. Podía oler el fuerte aroma a whisky en su aliento. Cuando mi padre entró en la casa, mi abuela le dijo que mi abuelo había estado bebiendo todo el día. Mi padre pidió a Kevin y a mí que lo ayudáramos a levantarse de la silla para ver si podía mantenerse de pie. Después de unos minutos, logramos levantar a aquel “duende irlandés”, pero estaba tan tambaleante y borracho que mi padre decidió llevarlo a su habitación y acostarlo. Nunca había visto a mi abuela tan enojada. Ella siguiéndonos en las escaleras golpeando a mi abuelo en la espalda con su bolso negro y brillante mientras él cantaba todo el camino. Mi padre, con sus hijos de 9 y 10 años, subía lentamente las escaleras ayudando a mi abuelo a llegar a su habitación. Mi abuela le gritaba en gaélico, y yo le dije: *“Abuela, ¡gritándole y golpeándolo no ayuda a la situación!”*

Después de acostarlo, mi abuela dijo que igual quería ir a la cena y que él dormiría hasta que se le pasara. Nunca la había visto tan alterada. De camino a casa, mi hermano y yo escuchamos cómo le hablaba a mi papá. Cada vez que lo llamaba “Jackie”, era porque era algo en serio. Mi abuela nunca lloraba, pero me dio tanta pena verla así en ese día de Navidad.

Cuando llegamos a nuestra casa, mis otros abuelos ya estaban allí. Kevin y yo volvimos a jugar con los regalos que habíamos recibido. Mi mamá nos dijo que fuéramos al sótano a jugar mientras esperábamos la cena. Desde el sótano podía oír la voz de mi abuelo. Era un hombre alto y delgado, medía alrededor de 1.93 m, y se volvía extremadamente ruidoso después de unas cuantas cervezas. Cuanto más fuerte hablaba, más había bebido. Todavía se escuchaban risas desde arriba, así que sabía que aún no estaba tan borracho. Después de una hora, mi mamá nos llamó para cenar. Tuvimos que lavarnos las manos porque habíamos estado jugando con nuestros trenes de juguete que dejaban un poco de grasa. Al sentarme, noté que los ojos de mi abuelo estaban tan rojos como los del abuelo irlandés, y me preocupé. La comida iba bien hasta que mi abuelo empezó a exigir más cerveza, sal y otras cosas que

“necesitaba” para comer, usando alguna que otra palabra grosera (nada peor que “maldita sea”). Sin embargo, su voz se fue haciendo cada vez más fuerte. Cuando era pequeño, recuerdo que cuando estábamos en su casa y él alzaba la voz, yo me escondía detrás de una silla en el porche porque su tamaño y su tono me asustaban.

Logramos terminar la cena. Después del postre, mi papá llevó a mi abuelo a un sillón en la sala, donde se quedó dormido. Mis abuelas ayudaron a mi mamá a limpiar la mesa, y a nosotros nos mandaron de nuevo al sótano a jugar. Más tarde esa noche, mi papá llevó a todos los abuelos a sus casas. Al día siguiente, mi abuelo (ya en un mejor estado) vino a recoger su auto; había usado el transporte público para llegar.

Años después, al reflexionar sobre aquella Navidad en particular, no pude evitar sentir compasión por mis dos abuelas, que tuvieron que soportar esposos que bebían demasiado y con demasiada frecuencia. Amaban a los hombres con los que se casaron, pero la vida fue difícil para ambas. Mi abuelo alto y delgado dejó a mi abuela sin dinero cuando murió, con tres hipotecas sobre su casa. Falleció pocos años después, en octubre de 1969, de un aneurisma cerebral. Mi abuela vivió 34 años más como viuda, hasta casi los 97. Mi abuelo irlandés murió en 1974 de demencia, a los 76 años. Ellos estaban bien económicamente, porque como inmigrantes irlandeses, el hábito de ahorrar estaba profundamente arraigado en ellos. Mi abuela irlandesa murió en Navidad de 1983, en Hot Springs, también de demencia. Tenía 79 años. Lloré cuando murieron mis abuelas, pero no mis abuelos.

Comparto esta historia navideña con ustedes porque mi familia es disfuncional. No vengo de una familia perfecta donde todos viven la fe y hacen siempre lo correcto. Mis abuelos sí vivieron su fe: mi abuelo irlandés podía emborracharse el sábado por la noche, pero el domingo por la mañana estaba sentado en la banca de la iglesia. Incluso mi abuelo, que era ruidoso y escandaloso nunca faltaba a Misa.

Mis padres fueron católicos practicantes. Mi papá incluso fue diácono permanente, ordenado en 1993 para la Diócesis de Little Rock. Mis cuatro hermanos y yo fuimos bautizados y criados como católicos. Y ahí termina la “perfección”. Solo mi hermano Kevin y yo seguimos practicando la fe. Y cuando digo eso, lo digo sinceramente: mi hermano Kevin es más “católico” que yo. Los otros tres tuvieron dificultades en la vida, malas decisiones, matrimonios problemáticos y abuso de sustancias. Ninguno practica la fe ahora. Mis 10 sobrinos fueron bautizados, pero ninguno práctica. Ninguno de mis sobrinos nietos está bautizado. Aparte de mi relación con Kevin y mi hermana Anne, casi no tengo contacto con mis otros dos hermanos, Dennis y Michael. Con mis padres ya fallecidos, no hay nada que nos una. Es triste, pero es mi realidad. Acepto y reconozco la disfunción en mi familia.

Sé que muchos de ustedes están en la misma situación que yo. Ya sea que tengan una familia disfuncional o una “perfecta”, la Navidad a llegado. Siempre hay algo bueno, incluso en las situaciones difíciles que trae la disfunción. Por ejemplo, en 1967 ambos de mis abuelos eran alcohólicos, pero mis abuelas eran mujeres fuertes, y eso me enseñó una valiosa lección sobre la fortaleza en tiempos de prueba. Este diciembre, al menos enviaré un mensaje de texto a mis hermanos para desearles una Feliz Navidad. La raíz de nuestra relación son nuestros padres, y eso me permite rezar por ellos y desearles lo mejor. Les ofrezco esta oración:

*Padre Celestial, bendice a nuestras familias en esta temporada de Navidad. Te pido que protejas a las familias que están cerca de Ti. En tiempos de dificultad, división y heridas, concédenos un verdadero sentido de paz por la bendición de la venida de Tu Hijo una vez más en nuestras vidas. Bendice a las familias unidas en la fe y la alegría, bendice a las familias que están separadas y sufren en esta Navidad. Bendice a quienes sufren cualquier tipo de adicción y concédenos a todos la comprensión del gozo compartido de amarte y servirte. **TE LO PEDIMOS POR CRISTO NUESTRO SEÑOR. AMÉN.***

Padre John